



lamento, que animado por los Puritanos, restableció el calvinismo: en él se presentó una declaración del rey abundante en promesas y en franquicias, y se determinó la vuelta de Carlos. Fué recibido con ánsia y con gran regocijo, despues que se habia visto lá tiranía de la re-

pública, siendo escoltado por las mismas tropas que habian acompañado al patíbulo á su padre; Carlos preguntó: *¿Dónde están, pues, mis enemigos? Veo que sólo es culpa nuestra el no haber vuelto más pronto.*

CAPITULO XI

La restauracion inglesa.

Cromwell en el interior no habia trastornado el antiguo orden de cosas, habiendo dado aquellos golpes que sólo se sienten en el porvenir y no en el presente. Los elementos de la Constitucion, el sistema de la legislación y el de propiedad, la liturgia y el símbolo, habian quedado como antes estaban: la cámara de los Lores fué cerrada; pero á nadie se le quitaron sus títulos. Una gran parte de la nobleza se habia asociado al pueblo contra el rey, por lo cual podia restablecer el antiguo equilibrio de los poderes políticos, con la ventaja de haber adquirido mayor experiencia.

La restauracion de los Estuardos fué un acontecimiento nacional, porque éstos se presentaban con los méritos de un gobierno antiguo, unido á las tradiciones del país, y de otro nuevo sin culpas precedentes: las vigorosas creencias comenzaron á parecer ridiculas, y ya se principiaba á obedecer. Despues de tantos males, resultó seguramente un bien; pero Monk debió haber estipulado con el rey las condiciones necesarias para asegurar la libertad obtenida durante la revolucion, y evitar las contiendas que renacieron muy pronto por no haberse determinado bien los derechos de cada uno.

Carlos volvia déspota como lo habian sido sus abuelos; sin embargo, afable y cortés más de lo que prometia su rudo aspecto, educado en la desgracia y viniendo á un pueblo cansado de agitaciones, alcanzó mucho para sí con el perdon, la mansedumbre y la tolerancia: licenció el ejército, devolvió á Escocia su independencia, y se rodeó de personas ilustradas. Los desertores de la causa de libertad son los mejores instrumentos contra ella; los viles aduladores de Cromwell se apresuraron á merecer con nuevas vilezas la gracia de Carlos, y á llevar al patíbulo á los que tambien Cromwell habia aborrecido como incorregibles partidarios de la libertad. Un Parlamento que duró diez y ocho años, más realista que Carlos, inducido por el espíritu de reaccion contra los tiempos pasados, habia establecido la tiranía, si no se hubiera opuesto á ello el canciller conde de Clarendon.

Carlos era uno de aquellos espíritus débiles que no atreviéndose á ejercer la tiranía, echan mano de la arbitrariedad; negligente, antepuso á los negocios las disipaciones y la voluptuosidad; escuchaba á los bufones con más interés que á los ministros, é hizo ajusticiar á diez de



los jueces regicidas, y desenterrar á otros que habian muerto. Aficionado á la caza, tenía un excelente perro para la de zorras; se divertía con las luchas de gallos, y los recursos que el Parlamento le concedió los disipaba en objetos de lujo y de magnificencia: su olvido para los beneficios que recibía era tanto, cuanto grande su memoria para las injurias; y jamás llegó á tener cariño al país que envileció y sacrificó al dinero y á los placeres. Tuvo hijos de cinco amantes; se casó con Ana, hija del canciller Hyde, despues con otras, y siempre fué voluble, hasta que por fin se dejó dominar por Luisa de Keroyalle, á la que tituló duquesa de Portsmouth. No habiendo servido la desgracia para hacerle grande, sino, por el contrario, para envilecerle más, llevó al trono una sensualidad cansada, propia de los tiempos que suceden á las revoluciones. No abrigaba deseos de hacer daño; pero le aburría el fastidio; más sensual que depravado, no creía ni en el mal ni en el bien; no sabía qué cosa era la virtud, ni cuál el vicio: libertino y aficionado á la bebida, se servía de los cortesanos y de las mujeres como de juguetes; quería disfrutar de todo, porque nada le satisfacía; se reía de todo, no por profunda ironía, sino por ligereza, y se decía que jamás había dicho una cosa necia, ni hecho una sensata. Viendo un día puesto á la vergüenza á uno porque había compuesto una sátira contra los ministros; ¡*Qué majadero!* dijo. *¿Por qué no la habrá escrito contra mí? Se la hubiera dejado pasar sin obstáculo.*

Consideraba el disimulo como arte de reinar, y existía una continua desconfianza entre él, que creía á sus súbditos con deseos de restablecer la república, y sus súbditos creían ver en él conatos de violar las franquicias nacionales.

La economía practicada durante la república hizo aumentar las riquezas y dedicarlas nuevamente al comercio; pero cuando se vieron libres de aquella austeridad, apareció otra vez la relajacion de costumbres. Los caballeros, sujetos bajo los rígidos republicanos á afectar virtud, se desenfrenaron; la aristocracia, volviendo ó saliendo de sus escondites, se aprestó entre fiestas y placeres á olvidar el triste tiempo pasado, y el lujo se tomó por indicio

de contento, de lealtad y de fidelidad monárquica. Apagadas las imaginaciones fanáticas por la religion y por la guerra civil, el espíritu francés prevaleció sobre el inglés y el religioso en los ánimos, cansados de tantas pruebas inútiles, y debilitados por el contacto de tantos delitos. Se hablaba, se vestía, se escribía y se leía en francés. Dryden no era poeta, pero hacia buenos versos; no había más filósofo que Locke, ni otro hombre de genio más que Fox; Clarendon pasaba por hombre de talento, pero no lo tenía; todo en él eran subterfugios, equívocos y falta de imaginacion; y el teatro, olvidado de Shakspeare, imitaba los insipidos amores de la escena francesa, así como la córte y los vicios de Luis XIV. Enrique VIII, Isabel y Cromwell habian hecho á la Inglaterra confiada y hasta arrogante por su propia superioridad; pero Carlos II se resignaba á la política de Francia.

La mayor dificultad con que han tropezado siempre los reyes ingleses, ha procedido de la religion, teniendo que resignarse todos á ser injustos con una parte de sus súbditos para gobernar bien á la otra. A Carlos le disgustaban todas; prometió la libertad de conciencia; pero en vez de cumplir su promesa, restableció el juramento á la Iglesia constituida, que era la episcopal. Los Presbiterianos protestaron, y cerca de dos mil ministros hicieron renuncia de sus beneficios, por lo que se renovaron las persecuciones y el fanatismo; y los ministros anglicanos, que siempre habian predicado la omnipotencia real, dijeron entonces que no debia obedecerse al rey, sino dentro de los límites de la ley. En cuanto á los católicos, el rey se inclinaba á ellos, pero sin resolucion; y si conservaba á alguno en su empleo, alegaba insulsas razones para sostenerle. En Irlanda, en vez de protegerlos contra los protestantes, participó de las rapiñas de éstos. Escocia experimentó tambien su venganza, pues abolió todo lo que el Parlamento habia hecho desde hacia veintiocho años, restableciendo la iglesia episcopal y dando á los obispos pleno poder. Los presbiterianos más ardientes, y especialmente los secuaces de Ricardo Cameron, que titulándose ejército de Israel, alzaron el estan-



darte de Jesucristo, excomulgaron al rey. Muerto Cameron en la batalla de Airmoos, Cargil trató de vengar su muerte; pero el duque de York le venció, y los jefes murieron valerosamente ántes que decir *Dios salve al rey*. Carlos hizo restituir á Escocia los archivos; pero naufragaron en el camino, y de aquí procede la escasez de documentos referentes á aquélla.

Una nueva secta religiosa se agregó entonces á las muchas que existían. Jorge Fox, hijo de un tejedor de Leicester, guardando los baños, se entregó á la meditacion, y se hizo taciturno, dócil y laborioso. Agitado al principio por las dudas, á los diez y nueve años se sintió embriagado por espirituales dulzuras; se fingió que su nombre estaba escrito en el libro de la vida, y que habia sido llamado por Dios en una vision para reformar el mundo. De puras costumbres y de conversacion incorrecta, pero inspirado por la Biblia, salió á predicar, y encontró por una parte prosélitos, porque era atrevido y violento, y por otra parte persecuciones, porque turbaba el culto é insultaba á los magistrados. Nueve veces fué encarcelado, pero ganó muchísimo con esto, particularmente entre los Anabaptistas y los Independientes; y habiéndole dicho á un juez *Tiembra ante la palabra de Dios*, se llamó á sus partidarios por burla los tembladores (*Quaker*). Creen los Cuáqueros que Dios se manifiesta interiormente á todos los cristianos que esperan la venida del Espíritu Santo; desprecian por consecuencia á toda iglesia constituida en la palabra inanimada; y como están próximos continuamente al Sér Supremo, tienen por viles las cosas de este mundo, aspiran á una perfeccion que condena áun los actos inocentes por sí mismos.

Sus doctrinas detestan las guerras, no admiten el pago de diezmos ó impuestos para sostener el culto, no reconocen distinciones en la sociedad, y recomiendan la mayor benevolencia entre sus adeptos. Estos observan una moral que somete á una regla severa sus actos más insignificantes, y son tranquilos, piadosos y pacíficos. Se les condena porque no quieren jurar ni reconocer á los magistrados, y ellos

sufren con resignacion y orando las multas, las prisiones y las flagelaciones; cuando se les pone en libertad, vuelven á su conventículo; cuando se les impone una multa, no pagan; siempre impasibles, llamando de *tu* lo mismo á los magistrados que al rey, y sin quererse quitar el sombrero delante de nadie. Cuando pasaron á la nueva Inglaterra (1660) fueron perseguidos por los congregacionistas; y huyendo de la intolerancia europea, fueron condenados á muerte, porque se resistieron á la orden de no presentarse en Boston.

Fué para su secta una gran adquisicion Guillermo Penn, hijo del almirante. Habiéndose puesto á declamar contra la iglesia dominante en Inglaterra, su padre para curarle de esta manía le envió á París, donde en efecto se aficionó á las frivolidades; pero cuando volvió y se dedicó á administrar ciertos bienes en Irlanda, se enardeció de tal modo con nuevos sermones, que se dió á la predicacion, consiguiendo aplausos y atrayéndose persecuciones. Heredó su padre cuantiosos bienes, y obtuvo del gobierno la propiedad del país americano del Delaware, entre el 40° y el 42° de latitud septentrional, con poder ejecutivo y legislativo, bajo la dependencia del supremo de Inglaterra. Pasó á aquel país, y por respeto á la propiedad compró á los indios el terreno que le habia concedido la Inglaterra, y trabó amistad con las colonias vecinas y con los naturales del país. Casi todos los Cuáqueros se reunieron en la que él llamó Pensilvania; dió á los colonos que se habian presentado y sometido á las condiciones prescritas un sabio código, fundado en la libertad religiosa ilimitada y en la perfecta seguridad contra los poderes arbitrarios, siendo admitidos á formar parte del gobierno los ciudadanos sin prestar juramento, sin soldados y sin iglesia dominante.

Carlos II tuvo para ellos alternativamente tolerancia y persecuciones, y ambas cosas causaron disgusto. Disgusto que hubiera desposeido á los muchos que habian adquirido durante la Revolucion, de buena fé, bienes confiscados; disgusto que concediese libertad religiosa y que su hermano el duque de York y presunto heredero se hiciese católico y se casase con una mo-



denesa; disgustó á los religiosos lo escandaloso de sus costumbres; disgustó que no contentándose con las generosas asignaciones que le habia concedido el Parlamento, el cual perpetuó los impuestos, extendiese la mano al oro, y pudiese sus mejillas á los insultos de Luis XIV, que le trataba como á un estipendiado, y que vendiese por 400 libras esterlinas á Dunquerque, que habia sido conquistada por Cromwell, y era considerada como una compensacion de la pérdida de Calais.

Luis, que sabia muy bien el oficio de rey y conocia cuán contagioso es el ejemplo, debia disgustarse de la revolucion inglesa, y de que la disciplina romana, cuyo heredero era, fuese destruida por el opuesto principio de la libertad individual, de las asambleas deliberantes y del equilibrio de los poderes. Trató, por tanto, de que Carlos se hiciese católico, y se pretendió que ambos se habian puesto de acuerdo por medio de un tratado secreto para establecer en Inglaterra la religion y el gobierno de Francia.

Por complacer á éste declaró Carlos la guerra á Holanda, fingiendo sin embargo ceder al deseo de su nacion, ofendida con los excesos de los holandeses en la India y en Africa. El duque de York, que la habia provocado para figurar en ella como gran almirante, como jefe que era de la compañía de Africa, envió gente que se apoderase de la isla de Gorea, de los fuertes holandeses de Guinea y de muchas naves, y despues á América para ocupar la Nueva-Neerlandia. Ruyter se apresuró á tomar parte en la contienda; pero mientras ejercia crueles represalias en las Indias Occidentales, York tomó ciento treinta naves mercantes holandesas que salian de Burdeos, y un rico convoy procedente de Esmirna. Encendida con violencia la guerra, Holanda al principio llevó la peor parte; pero sostenida despues por Dinamarca, por el elector de Brandeburgo y por el duque de Brunswick-Lunenburg, así como por la energia del gran pensionario De Witt, recobró su dignidad; y la victoria de Dunquerque hizo inmortales á los almirantes Ruyter y Trom. La paz de Breda (1667) conservó á cada uno lo que habia adquirido.

Para poder sostener aquella guerra, Carlos suspendió el pago de los intereses á los banqueros que habian anticipado las sumas decretadas por el Parlamento; así fué que muchos perdieron su crédito y quedaron arruinados. A esto hay que añadir, que la peste se desarrolló con tal violencia, que en Lóndres morian diez mil personas por semana. Apenas iba reponiéndose la ciudad del sobresalto, ocurrió un terrible incendio: el viento soplaba con fuerza, y no atreviéndose el corregidor sin el consentimiento de los dueños á destruir las casas, en su mayor parte de madera, en breve una columna de fuego de una milla de circuito envolvió ochenta y nueve iglesias, inclusa la de San Pablo, todo el espacio comprendido entre la torre y el templo, con trece mil doscientas habitaciones y veintiseis almacenes; y así quedaron sin hogar doscientos mil ciudadanos. El vulgo atribuyó aquel desastre á los holandeses, los puritanos á los católicos, los realistas á los republicanos; se habia visto á veinte mil correr al rededor del fuego lanzando hachas de viento y degollando á los ciudadanos; los que trasportaban sus bienes para salvarlos, corrian á apagar el incendio ó tomaban las armas para defenderse, eran tenidos por ladrones é incendiarios, perseguidos y muertos; y en el sitio que ocupaba la tahona donde se habia prendido el fuego, se erigió el *Monumento* que atribuye á los papistas aquel crimen.

Todo esto predisponia los ánimos contra el rey; el Parlamento, que ya se hallaba tan sumiso, empezó á resistirse; Clarendon, primer ministro de hecho, si no de nombre, y que temeroso del gobierno popular sostenia con todas sus fuerzas las prerogativas reales, echó en cara sus vicios á la córte con severa justicia, y cayó en desgracia; por lo cual se retiró á escribir sus memorias, difusas é inexactas, pero agradables, y que son la principal fuente de noticias de aquellos años. Le sucedieron otros ministros peores, y de las iniciales de sus nombres el pueblo los llamó el ministerio de la *Cábala*. El nuevo Parlamento obligó á Carlos á firmar el bill de la *Piedra de toque (Test)*, que era una prueba á que debia someterse todo empleado público, civil ó militar, jurando obedecer y re-



conocer la supremacia real, recibir la Eucaristia y no creer en la transustanciacion; el que no lo hacia era multado con 500 francos, no podia litigar en los tribunales, ser tutor de menores, ni aceptar legados ni donaciones. Era, pues, un edicto contra los católicos.

Ashley Cooper, que luego fué lord Shaftesbury, de ministro pasó á jefe de la oposicion; era un ardiente entusiasta que sembraba dudas acerca de la religion del rey, diciendo que éste y el duque de York estaban unidos á Francia para destruir la Iglesia nacional, por lo cual se pidió que se licenciase á los militares que no se sometiesen al juramento.

Cuán crédulos nos hace el terror, se vió despues en el suceso de Tito Oates. Este hombre, que fué sucesivamente católico, protestante y anabaptista, recogido algun tiempo por caridad por los jesuitas, denunció al Parlamento que el Papa habia declarado propiedad suya el reino de Inglaterra; que para apoderarse de ella debian matar al rey; que ya estaban dispuestos los católicos en todas partes para deshacerse de los protestantes, y hacer rey vasallo al duque de York y virey al jesuita Oliva; que los demas cargos se distribuirian entre sus protegidos, y añadia que con tal objeto habian promovido los jesuitas el incendio de 1666. Era tan loca aquella acusacion, que el rey no le hizo caso; pero el duque de York pidió que se formase un proceso en regla para castigar al calumniador, y Oates supo vestir tan bien aquella acusacion, que ayudado de algunos sucesos particulares y de la intolerancia, consiguió que le diesen crédito, y aun el rey no se atrevió á reirse de ella en público. En vista de las declaraciones de hombres infames é inmorales se apresó á muchos, entre ellos cinco lores, varios jesuitas y al vizconde de Strafford, que contaba 69 años de edad. Los procesados negaron, y temiendo á las tiránicas leyes, procuraron disimular circunstancias peligrosas, que, descubiertas luego, se tuvieron por indicio de culpabilidad, y los acusados murieron protestando que nada sabian sino que se trataba de obtener del rey tolerancia; los demas, para alejar las sospechas de papismo, iban á porfia en el creer y condenar. El espanto y el ódio dan fé á horrendos absurdos:

Oates llegó hasta á acusar á la reina, pero no se atrevieron los jueces á proseguir la acusacion. La trama papista continuó intimidando los ánimos y aumentando los suplicios; y lo extraño fué que no se encontró ningun indicio de ella en Irlanda que diese pretexto para tal persecucion. Shaftesbury y los suyos, con objeto de conservar viva la desconfianza del rey, formaron una extraña procesion en el aniversario de la asuncion de Isabel; iba uno vestido de jesuita con el cadáver del juez Godfoy, que se decia habia sido asesinado por aquel; luego monjas, clérigos, frailes, obispos, cardenales y el papa con el diablo, que le servia de primer secretario, con multitud de antorchas y con gritos de una inmensa plebe que iba maldiciendo al papismo, y todo fué arrojado al fuego.

Aquella absurda trama tendia á excluir de la sucesion al duque de York, y poner en su lugar á Monmouth, hijo natural de Carlos II, ó al príncipe de Orange, marido de la primogénita del mismo duque. Carlos, en medio de aquellas turbulencias, habia condescendido en dar disposiciones que aseguraban la religion nacional, y todos los que estaban próximos á él fueron obligados á jurar una segunda *Piedra de toque (Test)*, que declaraba idólatra el culto de María y de los Santos. El duque de York dijo que la religion era un asunto exclusivo de Dios y él, y que para nada influia en el gobierno; y por una mayoría de dos votos fué dispensado el juramento, lo mismo que la reina y nueve damas de su servidumbre, entre las cuales ésta tuvo la delicadeza (entonces se dijo la indecencia) de nombrar á la Portsmouth, amante de su marido. Por no haber aceptado aquel juramento, han quedado hasta nuestros dias excluidas de la dignidad de par hereditaria diez y nueve casas ilustres de Inglaterra.

Mas en medio del proceso de Oates se publicaron cartas que indicaban estarse en tratos con Luis XIV, en las cuales Carlos II se envilecia á sí mismo y á la nacion. Con ellas hicieron gran ruido los republicanos; y Carlos, despues de haber disuelto el Parlamento, nombró un consejo, cuya presidencia dió al inmortal Shaftesbury, creyendo atraérsele. Este hizo